El caballo, que andaba por propio impulso y cuyo paso sonaba gravemente en el suelo, atravesó con lentitud aquella primera sala y entró en una segunda estancia inmensa que estaba también iluminada y desierta.

Grandes entrepaños de cedro esculpido se desenvolvían en torno de aquella estancia, y en ellos un misterioso artista había encuadrado algunos maravillosos cuadros incrustados de nácar y oro. Grandes batallas, cacerías, fiestas representando castillos llenos de artificios de fuego, sitiados y tomados por faunos y salvajes, justas y guerras navales con toda clase de barcos que corrían por un mar de turquesas, esmeraldas y zafiros, que imitaban admirablemente la redondez del agua salada y la hinchazón del mar.

Debajo de esos cuadros, un friso tallado por el más delicado y magistral cincel figuraba, en las innumerables relaciones que tienen entre sí, las tres especies de criaturas terrestres que contienen espíritus, los gigantes, los hombres y los enanos; y en todas las partes de aquella obra los gigantes y enanos humillaban al hombre, más pequeño que los gigantes y más tonto que los enanos.

El techo, empero, parecía que tributaba no sé qué malicioso homenaje al genio humano. Estaba enteramente compuesto de medallones, muy cercanos uno de otro, en los que brillaban, iluminados por sombría luz y ciñendo coronas de Plutón, los retratos de todos los hombres á quienes la tierra debe descubrimientos reputados por útiles, y que por este motivo son denominados los *bienhechores de la humanidad*. Cada uno estaba allí por una invención suya. Arabo estaba allí por la medicina, Dédalo por los laberintos, Pisistrato por los libros, Aristóteles por las bibliotecas, Tubalcain por los yunques, Arquitas por las máquinas de guerra, Noé por la navegación, Abraham por la geometría, Moisés por la trompeta, Anfictión por la adivinación de los sueños, Federico Barbarroja por la caza con halcón, y el señor Bachou, lionés, por la cuadratura del círculo. En los ángulos de la bóveda y en las pechinas se agrupaban, como las constelaciones mayores de aquel cielo de estrellas humanas, muchas caras ilustres: Flavio, que encontró la brújula; Cristóbal Colón, que descubrió la América; Botargo, que imaginó las salsas de la cocina; Marte, que inventó la guerra; Fausto, que inventó la imprenta; el monje Schwartz, que inventó la pólvora; y el papa Ponciano, que inventó los cardenales.

Algunos de aquellos famosos personajes eran desconocidos para Pecopin, por la sencilla razón de que aun no habían nacido en la época en que ocurre esta historia.

De este modo fué penetrando el caballero, conducido por los pasos de su corcel, en una larga sucesión de magníficas salas. En una de ellas observó en la pared oriental esta inscripción en letras de oro: «El caué de los árabes, llamado por otro nombre cavé, es una hierba que crece en abundancia en el imperio del turco, y que en la India denominan hierba milagrosa, preparándose como sigue: tomad media onza de dicha hierba, que pulverizaréis y la pondréis en infusión en una pinta de agua común tres ó cuatro horas; luego la haréis hervir hasta que se consuma en una tercera parte. Bebedla poco á poco, casi como sorbiéndola. Las personas de buena condición la endulzan con azúcar y la aromatizan con ámbar gris.»

Enfrente, en la pared occidental, brillaba esta otra leyenda: «El fuego griego se hace y excita en el agua con carbón de sauce, sal, aguardiente, azufre, pez, incienso y alcanfor, el cual arde por sí solo en el agua sin otra mixtura y consume toda otra materia.»

En otra sala había por único adorno el retrato de

aquel lacayo que, en el festín de Trimalción, daba vuelta á la mesa cantando con delicada voz las salsas en que entra el benjuí.

Por todas partes hacheros, arañas, velas y candelabros, reflejados por inmensos espejos de bronce y acero, resplandecían en aquellas desmedidas y opulentas estancias en donde Pecopin no halló ni un ser viviente, y á través de las cuales iba avanzando con inciertos ojos y conturbado el espíritu, solo, inquieto, azorado, lleno de esas inexplicables y confusas ideas que se ocurren á los soñadores en la sombra de los bosques.

Al fin llegó ante una puerta de bronce dorado, encima de la cual mostraba su redondez, entre un follaje de pedrerías, una gran manzana de oro, y en la manzana leyó estas dos líneas:

ADÁN INVENTÓ LA COMIDA,
EVA INVENTÓ LOS POSTRES.

XIII

Á TAL ALBERGUE, TAL MESA REDONDA

Mientras trataba de profundizar el sentido lúgubremente irónico de aquella inscripción, la puerta se abrió lentamente, el caballo entró, y Pecopin quedó como un hombre que pasa desde el deslumbrante sol del mediodía á una cueva. La puerta se cerró tras él, y el sitio en que acababa de entrar era tan tenebroso, que en el primer momento creyó que se había vuelto ciego. Apenas si divisaba á alguna distancia una pálida claridad. Poco á poco sus ojos, deslumbrados por la luz sobrenatural de las antesalas que acababa de

atravesar, se acostumbraron á la obscuridad, y empezó á distinguir como entre una neblina los mil monstruosos pilares de una prodigiosa sala babilónica.

La claridad que había en medio de aquella sala empezó á delinearse, concretáronse algunas formas, y al cabo de algunos instantes, el caballero vió desenvolverse entre la sombra, en el centro de un bosque de columnas salomónicas, una gran mesa lívidamente alumbrada por un candelabro de siete brazos, en cuyas puntas temblaban y vacilaban siete llamas azules.

En el testero de la mesa, sobre un trono de oro verde, hallábase sentado un gigante de bronce viviente. Aquel gigante era Nemrod. A su derecha y á su izquierda sentábanse, en sillones de hierro, una multitud de comensales pálidos y silenciosos, los unos cubiertos con el casquete morisco, y los otros más cubiertos de perlas que el rey de Bisnagar.

Pecopin reconoció á todos los famosos cazadores que han dejado huellas en la historia: el rey Mithrobuzán, el tirano Machanidas, el cónsul romano Emilio Barbula II; Rollo, rey del mar; Zuentibold, el indigno hijo del gran Arnulfo, rey de Lorena; Haganón, favorito de Carlos de Francia; Herberto, conde de Vermandois; Guillermo Cabeza de Estopa, conde de Poitiers, autor de la ilustre casa de Rechignevoisin; el papa Vitaliano; Fardulfo, abad de San Dionisio; Athelstán, rey de Inglaterra, y Aigrold, rey de Dinamarca. Al lado de Nemrod apoyábase de codos el gran Ciro, que fundó el imperio persa dos mil años antes de Jesucristo, y que llevaba en el pecho sus blasones, que son, como es sabido, de sinople con un león de plata sin indicación del sexo, coronado de laurel de oro y con una orla almenada de oro y de gules, sobrecargada con ocho tréboles con tallo de plata.

Aquella mesa estaba servida según la etiqueta im-

perial, y en los cuatro ángulos había cuatro distinguidas é ilustres cazadoras: la reina Emma, la reina Ogiva, madre de Luis de Ultramar, la reina Gerberga, y Diana, la cual, en su calidad de diosa, tenía también su trono y su servicio como las tres reinas.

Ninguno de los comensales comía, ni hablaba, ni miraba. Un ancho espacio vacío en medio del mantel, parecía esperar que sirvieran la comida, y encima de la mesa no había más que frascos en donde brillaban mil bebidas de los más variados países: el vino de palma de la India, el vino de arroz de Bengala, el agua destilada de Sumatra, el arack del Japón, el pamplis de los chinos y el pechmez de los turcos. Aquí y allá, en grandes jarras de tierra ricamente esmaltada, lanzaba espuma ese brebaje que los noruegos denominaban wel; los godos, buska; los carintios, vo; los esclavones, oll; los dálmatas, bieu; los húngaros, ser; los bohemios, piva; los polacos, pwo; y que nosotros llamamos cerveza.

Algunos negros que parecían demonios, ó algunos demonios que parecían negros, rodeaban la mesa, de pie, taciturnos, con la servilleta al brazo y el aguamanil en la mano. Cada comensal, según es de rigor, tenía un enano al lado. Madama Diana tenía su lebrel.

Al mirar atentamente las más brumosas profundidades de aquel lugar extraordinario, Pecopin vió que en la inmensidad tal vez sin fondo de la sala, bajo el bosque de columnas, había una muchedumbre de espectadores, todos á caballo, como él, y todos en traje de caza; sombras por la obscuridad, estatuas por su inmovilidad, espectros por su silencio. Entre los más próximos, creyó reconocer á los caballeros que acompañaban al viejo cazador en el bosque de los pasos perdidos. Según acabo de deciros, comensales, criados y asistentes, guardaban medroso silencio, y antes que percibir el aliento de aquella multitud, se

hubiera oído murmurar las piedras de una tumba.

Hacía mucho frío en aquellas tinieblas. Pecopin estaba aterido hasta los huesos; y, sin embargo, sentía correr el sudor por todos sus miembros.

De pronto oyéronse algunos ladridos, lejanos al principio, luego violentos, alegres y salvajes; después se confundió con ellos el cuerno del cazador, que empezó á ejecutar, con triunfal esplendor, un admirable toque de caza, completamente nuevo y extraño; que, hallado algunos siglos más tarde por Roldán de Lattre en una inspiración nocturna, valió á aquel gran músico, el 6 de abril de 1574, el honor de ser creado, por el papa Gregorio XIII, caballero de San Pedro de la espuela de oro *de numero participantium*.

Al rumor, levantó Nemrod la cabeza, el abad Fardulfo se volvió á medias, y Ciro, que se apoyaba con el codo diestro, se apoyó en el izquierdo.

XIV

NUEVA MANERA DE CAERSE DE CABALLO

Los ladridos y el cuerno se aproximaron; una gran puerta, frente á la otra por donde había entrado Pecopin, se abrió de par en par, y el caballero vió adelantarse por una larga y obscura galería los doscientos lacayos portadores de antorchas, sosteniendo en los hombros un inmenso plato de oro verde, en el que yacía, en medio de un mar de salsa, el ciervo de los diez y seis pitones, asado, negruzco y humeante.

Delante de los criados, cuyas doscientas antorchas estaban rojas como brasas, iba el viejo cazador, con el cuerno de búfalo en la mano, montado en su corcel tártaro inundado de espuma. Ya no tocaba la trompa;

pero sonreía cortesmente en medio de los inauditos aullidos de la jauría que escoltaba al ciervo, y conducida siempre por el enmascarado montero.

Así que el cortejo salió de la galería y entró en la sala, las antorchas de los lacayos se volvieron azules, y los perros se callaron súbitamente. Aquellos temibles dogos, de bocas de leones y rugidos de tigres, avanzaron siguiendo á su amo, con lentos pasos, la cabeza baja, el rabo entre piernas, temblorosos los lomos de profundo terror y los ojos suplicantes, hacia la mesa rodeada por los misteriosos comensales, siempre pálidos, impasibles y taciturnos como caras de mármol.

Al llegar á la mesa, el viejo miró la cara de sus lúgubres convidados y soltó la carcajada. —*Hombres et mujeres, or çá, vosotros, belle signore, domini et dominæ, amigos míos,* ¿cómo va el apetito?

—Llegas muy tarde, dijo el hombre de bronce.

—Es que tenía un amigo á quien quería hacer ver la cacería, respondió el anciano.

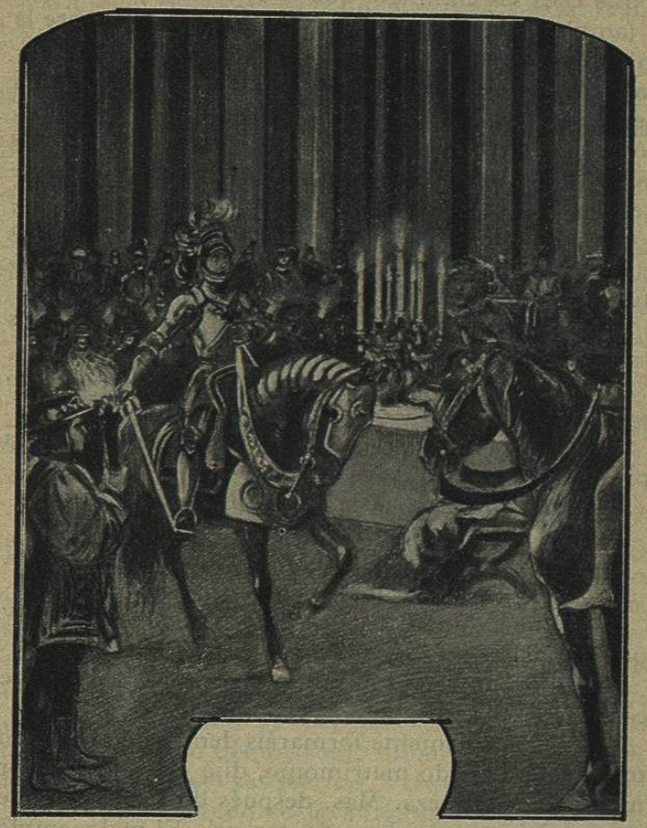
—Sí, replicó Nemrod; pero mira.

Al mismo tiempo, extendiendo el pulgar de la mano derecha por encima de su hombro de bronce, le designaba detrás de él el fondo de la sala. El ojo de Pecopin siguió maquinalmente la indicación del gigante, y vió á lo lejos dibujarse en las negras paredes blanquecinas ojivas; como si allí hubiese algunas ventanas vagamente alumbradas por la primera luz del alba.

—Pues bien, repuso el cazador, hay que despachar.

Y obedeciendo á una seña suya, los doscientos portadores de antorchas, ayudados por los negros, se dispusieron á colocar el ciervo asado sobre la mesa, al pie del candelabro de siete brazos.

Entonces Pecopin hundió las espuelas en los flancos de su corcel, que le obedeció, ¡cosa extraña!, tal vez á causa de la proximidad del día, que debilita los sortilegios; lanzó su caballo entre los criados y la



mesa, se levantó de pie sobre los estribos, puso mano á la espada, miró fija y alternativamente los siniestros semblantes de los que rodeaban la gran mesa y el del viejo cazador, y gritó con voz tonante:

—¡Pardiez! Quien quiera que seáis, espectros, fantasmas, apariencias y visiones, emperadores ó demonios, os prohibo dar un solo paso; ó ¡por la muerte y que Dios sea conmigo! que os enseñaré á todos, y á ti también, hombre de bronce, cuanto pesa sobre la cabeza de un fantasma el calzado de hierro de un caballero viviente. ¡Estoy en la caverna de las sombras, pero pretendo hacer en ella, á mi capricho y voluntad, cosas reales y terribles! ¡No os entrometáis, señores míos! Y tú que me has mentido, viejo miserable, puedes desenvainar la espada como un joven, puesto que soplas el cuerno con tanta fuerza como un joven. ¡En guardia, ó por la misa, que te paso de parte á parte, aunque seas el rey Pluto en persona!

—¡Ah! ¿Sois vos, amigo?, dijo el viejo. Entonces vais á cenar con nosotros.

La sonrisa que acompañaba la amable invitación exasperó á Pecopin.

—¡En guardia, viejo perillán! ¡Ah! ¿Me hiciste una promesa para engañarme?

—*¡Hijo!* ¡Espera hasta el fin! ¿Qué sabes tú?

—¡En guardia, te digo!

—¡Hombre! Mi buen amigo, mal tomáis las cosas.

—¡Devuélveme á Boldur, según me prometiste!

—¿Quién os ha dicho que no os la devolvería? ¿Y qué haréis cuando la volváis á ver?

—Es mi novia, ya lo sabes, viejo miserable, y me casaré con ella, respondió Pecopin.

—Y probablemente formaréis dentro de poco otro triste y desdichado matrimonio, dijo el viejo cazador meneando la cabeza. Mas, después de todo, ¿qué me importa? Las cosas han de ser así. El mal ejemplo cunde entre los machos y hembras de aquí abajo por el que dan el macho y hembra de allá arriba, el sol y la luna, que constituyen una detestable familia y nunca están juntos.

—¡Ea! ¡Tregua á las burlas, gritó el caballero, ó te extermino, y extermino á esos demonios y sus diosas, y purgo de ellos esta caverna!

El viejo respondió con una sonrisa de saltimbanquis:

—¡Purga, amigo mío! Oye la fórmula: sen, ruibarbo, sal de Epsom. El sen barre el estómago, el ruibarbo limpia el duodeno, la sal de Epsom deshollina los intestinos.

Enfurecido Pecopin se arroja contra él, levantando la espada; pero apenas su caballo había dado un paso, sintió que temblaba y se caía bajo su peso. Miró. La fría y pálida claridad del día penetraba en el antro y se deslizaba por las azuladas baldosas. Excepto el viejo cazador, que permanecía inmóvil y sonriente, todos los presentes empezaban á borrarse. El candelabro y las antorchas se extinguían; las pupilas de los espectros, que la brusca acometida de Pecopin había reanimado por un momento, no miraban ya; y á través del enorme torso de bronce del gigante Nemrod, como á través de un jarro de vidrio, Pecopin distinguía nítidamente los pilares del fondo de la sala.

Su corcel se hacía impalpable y se deshacía lentamente debajo de él. Los pies de Pecopin tocaban casi al suelo.

De pronto cantó un gallo. Había un no sé qué de terrible en aquel canto claro, metálico y vibrante, que penetró en el oído de Pecopin como una hoja de acero. Al mismo tiempo sopló un aire frío, su caballo se desvaneció bajó sus piernas, y él se bamboleó y por poco se cae. Cuando se levantó, todo había desaparecido.

Hallábase solo, de pie, espada en mano, en un barranco lleno de malezas, á pocos pasos de un arroyo que saltaba por entre las rocas, á la puerta de un viejo castillo. Amanecía. Levantó los ojos y prorrumpió

en un grito de alegría. Aquel castillo era el Falkenburgo.

XV

DONDE SE VE CUÁL ES LA FIGURA RETÓRICA QUE DIOS USA CON MÁS FRECUENCIA

El gallo cantó por segunda vez. Su canto salía del corral del castillo. Aquel gallo, cuya voz acababa de derrumbar al rededor de Pecopin el palacio lleno de vértigos de los cazadores nocturnos, había tal vez picoteado aquella noche las migajas que caían cada tarde de las benditas manos de Boldur.

¡Oh poder del amor! ¡Fuerza generosa del corazón, cálido resplandor de las bellas pasiones y de los juveniles años! Apenas Pecopin hubo visto aquellas amadas torres, cuando la fresca y deslumbradora imagen de su novia se le apareció y le llenó de luz, sintiendo que se disolvían en él como una humareda todas las miserias del pasado, las embajadas, los reyes, los viajes, los espectros y el espantoso remolino de visiones de donde salía.

Cierto, ¿no es así, alta la cabeza y ardiente la mirada, que el sacerdote coronado de que habla el *Speculum historiale* emergía de entre los fantasmas cuando visitó el sombrío y espléndido interior del dragón de bronce? Y puesto que acaba de aparecerse al que cuenta estas historias aquella medrosa figura, conviene lanzarle una maldición, é imponer aquí un estigma al falso sabio que tenía dos caras, la una vuelta hacia la claridad y la otra hacia la sombra, y que era á un tiempo el papa Silvestre II para Dios y el mago Gerberto para el diablo.

Contra los traidores y los personajes de doble faz, el odio es un deber. Todo parisién debe arrojar al paso una piedra á Perinet Leclerq, todo español al conde Julián, todo cristiano á Judas y todo hombre á Satanás.

Por otra parte, no lo echemos á olvido, Dios pone invariablemente el día al lado de la noche, el bien junto al mal, el ángel frente al demonio. La austera enseñanza de la Providencia resulta de esta eterna y sublime antítesis. Parece que Dios dice sin cesar: Escoged. En el siglo XI, frente al sacerdote cabalista Gerberto puso al casto y sabio Emuldo. El mago fué Papa, el santo doctor fué médico. De suerte que los hombres pudieron ver bajo el mismo cielo, entre los mismos acontecimientos y en la misma época, la ciencia blanca en la túnica negra y la ciencia negra en la túnica blanca.

Pecopin envainó la espada y se dirigió con presuroso paso hacia el castillo, cuyas ventanas, alegradas ya por un rayo de sol, parecía que devolvían al alba su sonrisa. Al llegar cerca del puente, del que hoy sólo queda un arco, oyó detrás de sí una voz que le decía:

—¿Qué tal, señor de Sonneck, he cumplido mi promesa?

XVI

DONDE SE TRATA DE AVERIGUAR SI SE PUEDE RECONOCER Á UNO Á QUIEN NO SE CONOCE

Y volvió la cabeza. Dos hombres se hallaban de pie entre las malezas. El uno era el montero enmascarado, y Pecopin se estremeció al verle. Llevaba bajo